

EN BAVIERA LA HERMOSA

Escribe: CARLOS LOPEZ NARVAEZ

A Siegfried Striegel

De lo fundamentalmente grande —por belleza y celebridad conjuntas— que ha de verse en la capital de Baviera, está la miliunanochesca *Galería de las bellezas*, nacida en la *Sala de las fiestas* de la residencia de los reyes bávaros, en días de Luis I de Wittelsbach, personalidad de las más interesantes en la Europa del siglo XIX.

Con innata y paradójica rebeldía contra los convencionalismos de estirpe, y con su turbulenta juventud, acabó por caer en desgracia de su propio padre quien lo hizo abandonar la corte. Castigo inocuo, porque entonces Luis se dio a frecuentar, más asiduo y entusiasta, los círculos artísticos de su país, y a viajar largamente por toda Europa, dilatando permanencias en Italia donde adquirió preciosas obras de arte de todas las épocas y todos los estilos para colmar de ellas las mejores galerías de Munich.

Llegado al trono por muerte de su padre (1825) consagró lo mejor de sus días al culto del arte y la belleza, ciñéndose al ideal romántico que lo apasionaba desde la adolescencia. Engrandeció y embelleció a Munich con imponentes edificios, anchas vías, monumentos espléndidos, todo inspirado más o menos en el neoclasicismo de la moda imperante; fundó institutos de cultura, galerías de arte; llevó a la corte literatos, artistas celebridades contemporáneas.

Amante de la belleza en todas sus expresiones, mal habrían podido faltarle los ejemplares arquetipos femeninos; y para verse rodeado siempre de ellos, encargó a su pintor, el célebre miniaturista José Stieler, treinta y seis retratos entre los cuales figuraron princesas y burguesas, aristócratas y aventureras cuya belleza física respondía al canon que lo entusiasmaba.

El artista puso manos a la obra, y entre 1827 y 1850 realizó esa galería insólita en su género. En los reales encargos sucedióle su sobrino Friedrich Dürch, en 1961, con el aporte de nuevos retratos. La colección fue instalada en la "Sala de las fiestas" de la real mansión en München.

Como los bombardeos de la última guerra destrizaron la imponente residencia, hoy la *Galería de las bellezas* tiene su nueva sede en el llamado *Castillo de Nymphenburg*.

A la maravillosa galería del Rey Luis quizá no pueda considerársela como cifra y compendio de arte en rigor de concepto; en cambio sí constituye una suerte de documental completo, magnífico, sobre pequeña historia de una corte y su época; fue famosa desde los mismos días de su apertura, y sigue siéndolo bien sea por el primero de los retratos, bien por las consejas y cuentos que como otra moldura invisible enmarcan esos semblantes inolvidables, fascinadores de un rey que además era un galán caballero, romántico y artista, y que los legó a su país como símbolo de una monarquía festiva, despreocupada y sentimental.

Echarle aunque fuera solo un parrafillo a cada una de esas *preciosas* (ninguna de las cuales tiene absolutamente nada de común con las de Moliere) resultaría tremendamente desproporcionado en los apuntes de un viajero intrascendente, y aun puede que a la postre, con todo y tema, resultara también medio cansón. Contentémosnos, pues, con un raudo apunte sobre el cincuenta por ciento, escogidas al ojo y completadas al oído con los datos suministrados por el viejo, solemnemente benévolo, consejero y guía del palacio o *Castillo de Nymphenburg*: un bávaro bien setejón, trajeado a la imperial, de carrillos, patillas y bigotazos *francisco-josefos*: un viejo encantador. Me aproveché para el trance, de un intérprete de lujo: el incomparable amigo, profesor Alberto Hartmann, bávaro como el Isar, pero tan colombiano como el Magdalena y tan popayanejo como "Los Encuentres".

—Empecemos, si te parece, en esa beldad "de enormes ojos claros y piel sedosa y rubia" —me dice Alberto, lanzándome la cita como un venablo de oro al corazón, pues desde que nos hallamos aquí no hay día ni noche de palique sin reminiscencia del adorado maestro de "Los camellos".

—Esta fue Augusta Strobi —empezó el guía—. Era de la burguesía bávara. Según el malicioso decir, cuando el rey *le pidió el retrato* y que se apersonara en palacio, ella, a cambio, le pidió un ascenso para el hombre a quien amaba, miembro de la servidumbre de palacio. Ahí mismo los casó: ella "posó" y su hombre subió a la ayudantía de guardabosque, con lo que la bella Augusta pudo seguir siendo para su rey, si bien ya algo vejancón y lleno de preocupaciones, "la más linda guardabosques de cuantas lo han sido". El retrato recuerda las radiantes *miladies* de sir Joshua Reynolds, para decirlo en un renglón.

Del predio burgués resultamos saltando al teatro: Charlotte von Hang, aplaudidísima actriz de entonces en las cortes de Berlín y de München. Este retrato le gustaba muchísimo —dice el guía— nada menos que a Goethe, y a tal punto, que solo después de verlo convino en *posarle* a Stieler, pues era testimonio concluyente de la capacidad artística del retratista, el cual tenía interés en retratar al autor del *Fausto*. El rey llamaba a Charlotte *Angel de mi vida*. Lo cual quiere decir que ella "le volara" a su rey y amigo —dice con apagada sorna el *descarao* de Alberto.

Pero ángel, arcángel, serafina y *dominación* sí es evidentemente ésta. ¿Quién es ella? —le pregunto al guía por medio del intérprete.

—Amalia Hilmayer. Miren esa expresión de modestia, con un índice de bondad en cada línea; óvalo perfecto, boca mediana, mirada baja, hombros y cuello de madona rafaelina, y ella *toda, llena de gracia* de la buena y pura. Era hija de un comerciante; a los 35 años murió doncella, de un mal misterioso y romántico —dijo textual e intrigadoramente el viejo guía...

El retrato la representa con un libro de oración en la izquierda y una capa roja en el mismo antebrazo. El semblante es una enorme rosa mística sobre el vaso alabastrino del escote discreto en un traje tadesco *de un verde excepcional*. Le enmarca el rostro una cascada de guedejas color castaño que se abren en dos desde la frente. El porte sereno y a la vez altivo trasunta el espíritu de quien sintiera en las venas sangre real.

—¿Y esta gitanísima estampa? —dije y señalé una hechizante mujer, de ojos y cabellos negros, aguileño perfil, peinado partido; lleva una gorrita púrpura con larga chorrera o fleco azul que le cae sobre el armonioso busto.

Es Caterina Bolzaris. Era de verdad inteligente y fascinante esta bellísima griega que vino a Munich en 1832 con una delegación de su país, para festejar la subida del rey Luis, hijo de Otto de Baviera, al trono helénico.

—¡Aquí fue Troya! —fue la tontería a mano que se me ocurrió como comentario.

—¡Ni mucho menos! —saltó el viejo—; de esta a duras penas quedó el retrato, dicho sea en memoria y honor de Caterina Bolzaris.

—¡Muy bien! La señorita que sigue —dije acordándome de mis días de inspector escolar.

—Esa de allí, encima a la derecha? Bien! Esa, la única con brazos desnudos y sin embargo con una estampa tan virginal, tan celeste, como ustedes lo ven, es la bellísima Antonia Wallinger, de origen humilde, *ballerina* del ballet de la corte.

Es un retrato en tonos blancos de fondo azul y cuatro quintos de espalda; el corpiño sostenido de un broche sobre el hombro derecho, sirve como de grácil vaso a un cuello de contornos puros, tallo de la inmensa flor de la cabeza: una dalia gigante sobre la cual se hubiera posado una enorme mariposa oscura: los cabellos en bandas lisas, recogidos en lo alto de la nuca. Como expresión de insondable y casta dulzura nada como los ojos, la boca y el mentón de este semblante. Cuentan que el rey la admiraba y amaba tanto que esto lo llevó a la hazaña de hacerle versos.

—Vaya si no!... Observen que la *fräulein* sostiene en la izquierda una especie de cáliz. Pues a ello se refieren los versos:

*Dulce copera del banquete de los dioses:
dicha de aquel amante compañero
a quien le brindas tu la copa de oro.*

—Qué tal, mi poeta: parnasianos o barrocos? —me susurra Alberto con una ironía feroz.

—*Mitá y mitá*, como dice a todo un gallardo amigo que tengo en Bogotá.

—Mira qué esplendidez el de este *doloroso terciopelo oscuro* —digo apuntando a un sol de mujer.

—Y Todo lo que asoma de él: hombros, garganta, expresión, cabeza. Qué hermosura! —complementa Alberto.

Y el *cicerone*: la más bella judía que hubo en München y que pasó por esta casa. Se llamaba Nanette Kaula. Era la esposa de un comerciante riquísimo. Muchos años después del *retrato*, encontrándose ya viuda y tal vez en difícil situación, parece que quiso sacar ventaja de lo que aquí había dejado y se le vino al rey con un pedido fuerte, empezando con el retrato mismo.

—El retrato y la *posada* —es de suponer —nos intercambiamos con Alberto.

—Pero al rey, ya bastante añoso y displicente, le cayó mal la viveza de la ya muy ex-joven amiga, y le mandó decir que *niente a fare*, vale decir: *hablemos de otra cosa*, y que no le mentara siquiera los días de la ya difunta juventud. ¿La judía Susana? ¿Betsabé? ¿Herodías?.... —era, según el retrato, de una belleza conturbadora. Bajo una profusa melena densamente negra, los ojos como dos charcas de miel quemada; sobre todo unos labios levemente despetalados como si la forma y la esencia misma del beso hubiéranse petrificado *en un hendido mórbido rubí*.

Una de las imágenes más luminosas de gracia en sus lineamientos y en la obra del pincel de Stieler en esta galería, es la de Elena Sedlmayr. Según el veterano guía, fue hija de un zapatero y vendía en un almacén de juguetería.

Y claro: juguete hizo del corazón de un rey que la colmó de valiosos regalos, entre otros, un marido prestante: su lacayo de confianza. —También a esta le propinó versos, continuó el guía. Y a solicitud de nuestro interés dijo una estrofa cuya literal traducción, con punteras y tacones de nuestro humilde taller, sería:

*No te mires con ansia escrutadora
la adorãble hermosura florecida;
mírate en mí, confiada, hora tras hora;
mírate en mí, segura y sin medida.*

Cabe sospechar que lo que el poeta realmente le pedía era que se mirara en él, en vez de hacerlo en el espejo. No puede negarse que los poe-

mas, con todo y lo flojones, eran al fin y al cabo también regalos *regios*; ¿verdad?

—Aquí parece haber algo de trágico —digo a Hartmann señalando otro retrato, de intenso atractivo—. Era el de una soberbia beldad, de fastuosa cabeza toda en rizados, garganta y hombros praxitélicos. Pero en la mirada de un azul estival y en la cárdena pulpa de la boca, hay un no sé qué de taciturno y un pliegue de tristeza estoica. Por lo que el guía contó en seguida nos convencimos de que Stieler lograba algunas veces hacer los rostros celosías de almas.

—Esta se llamaba Amalia von Schintling, hija de un coronel bávaro. Ante la resistencia de ella a posar para Stieler, afianzada en la desaprobación que su prometido manifestaba terminantemente con el imperial antojo, su propio padre la obligó a acceder; el novio, entonces, la dejó. Tal fue el dolor de la sin ventura, que pocos meses después empezó a morir de tisis por amor. Pero sobrevivió de belleza, con sus diecinueve años. Las gentes la llamaron *la víctima de la Galería Real*.

—En cambio, mira, Alberto, qué estampa de vampiresa hay allí; de lejos parece, pero vamos a ver si de cerca no deja duda.

—Ni más ni menos —intervino el cicerone. Se trata de Lady Jane Ellenborough, dama de escandalosa historia, plato fuerte de los corrillos y tertulias en los salones de media Europa. Cinco veces relevó marido; vivió un año con un camellero de Siria, compartiéndolo con media docena de compañeras. Sus aventuras hacían estremecer de ira mojígata a la alta sociedad británica de donde procedía. Aún llegó a impresionar a Balzac quien de ella hizo un estupendo retrato *a pluma* en alguna de sus obras.

—Pues lo dicho, mi Loco —dijo Alberto—; de cerca no dejó duda.

Y pareció que aquella fúlgida cabeza ensortijada en sol, aquellos hombros de ámbar pálido, aquel mirar de acecho y de promesa, y esa boca enervadora se habían animado en un relámpago, como una enorme ave de presa perfilada sobre un cárdeno plafondo.

Casi contiguo a Lady Juana ostenta lo suyo —especialmente un busto espléndido— la baronesa Carolina Von Holstein, toda de frente, inclinada ligeramente la cabeza sobre el hombro derecho. Boca desdeñosa y ojos de gacela, límpidos, sin fuego. Pero las apariencias cortesanas, como las esperanzas idem, son de lo más engañoso. El rey Luis colocó a esta amiga allí cercana a la anterior: sabía muy bien donde ponía sus cosas. Porque en el apunte memorial del guía, la señora baronesa Von Holstein marcó sus días con un escándalo mayúsculo: casada como estaba con un noble que la doblaba en edad, dio en enamorarse de un amigo de la casa, un calvatuero juerguista y otras minucias del jaez, pero que vestía uniforme de capitán de coraceros; huyó con él y con él se organizó en hogar, desafiando todo el borrasco chismorre de la alta y baja sociedad. Solo muy poco antes de morir consiguió *elevantar a la categoría de sacramento* etc., etc. (Dr. Núñez) lo que por exclusiva cuenta y riesgo había hecho la traviesa condesita von Holstein. El colorido de este retrato es de una

armonía insuperable, desde el fondo sombrío en que se destaca hasta la tibia palidez gualda del corpiño.

—Dime, *Alberto magno*: a tí también no te parece bastante curioso el que hasta ahora no salte Italia a la palestra? Porque en la tierra de Simoneta la Vespucci las bellezas se dan silvestres, a lo largo y ancho de la península e islas adyacentes.

—Italiana, dicen ustedes? —intervino el guía—. Eccolaqua! Y nos señaló un retrato tan extraño de continente como de contenido: el de una dama algo exuberante y sin embargo de aire fino y sugerente; sobria en atuendo, sin rasgo alguno de sensualidad y con más de matrona que de primavera; mirada de remanso taciturno; la boca estrecha y acorazonada; el cuello fuerte y alto el busto, pulpos los hombros: más que belleza minuciosa era un conjunto suavemente interesante.

—Es Irene Pallavicini von Arco-Sppetberg; fue esposa del Conde Luigi Nicola; mujer en quien la desventura asumió caracteres agudos, superados tan solo por los de la virtud ejemplar que iluminó su vida.

Y eso fue todo lo que supo, talvez lo que quiso decirnos el austero bávaro que nos instrumentaba. ¿A qué insistir? El retrato pareció haber acentuado su insondable expresión.

Una linda figura juvenil, en traje rosa, guarnecido de armiño; graciosa cabeza de cabellos oscuros en artístico trenzado, con una rosa en la sien izquierda, es la de Lady Jane Erskine. A esta la conoció el rey Luis durante un gran baile de honor de las embajadas europeas de mayor importancia acreditadas en Munich. Lady Jane era hija del embajador británico. En el acto mismo de serle presentada al rey pidióle que posara para su galería de bellezas. Y a fe que la inglesita se lo merecía.

El retrato de Carolina Lizius es sencillamente hechizante: una mujer en el meridiano exacto de su belleza y atracción, para mayor fuerza y garantía de lo cual es de una rigurosa sobriedad de color: el busto casi inadvertible, sin descote, arranca en desnudez sobre una horizontal de hombro a hombro, ligeramente angulada hacia abajo en la mitad. Hombros y cuello y cabeza conforman una como suspensa melodía de elegancia, de júbilo y de claridad; los cabellos, noche indecible, partida en dos sobre la frente, caen en cascada de rizos sobre las sienes, como el cortinaje de un trono en “negro terciopelo silencioso”. Trono para la venusina majestad del semblante. Los ojos enormes miran lejanías de oriente: tal vez el artista no podía resistirlos fijos en él mientras pintaba. (¡Tánto son enervadoramente embrujadores!). La boca es el acorde triunfal de esa sobrehumana belleza. No era de la nobleza social, apenas la esposa de un consejero de cancillería. El testamento real la benefició con un legado considerable, y con una simple frase consagró la pulcritud de su recuerdo: “La virtud la acompañó y la acompañará para siempre”. ¡Para qué más!

Pero para virtuosas de tiempo completo —aleccionó el sabelotodo conductor de nuestro fantástico peregrinaje por los amorosos ex-dominios de un rey— la princesa María de Prusia esposa que fue de Maximiliano

II, es decir nuera de Luis I, y madre del desdichado Luis II de Baviera. A este reina múltiple —más por sí misma que por su linaje y su destino— los contemporáneos la llamaron “encantadora como un hada, graciosa como una visión, lozana como una rosa entre las breñas”. El rey amó a esta suavísima criatura como a una verdadera hija.

El retrato la presenta con un aire de majestuosa ternura: el regio manto apenas sostenido del hombre izquierdo; lleva solo un collar de perlas; pero en esas pupilas hay una lumbré estelar, y un ababol en esa boca de dibujo perfecto. El peinado partido y liso, ensortijado a los extremos, es como una marea de sombras que retrocediera ante la albura del cuello y su nacarado pedestal.

Entre las pocas mujeres que aquí parecen haber sumado la espiritual a la exterior belleza, sobresale la condesa de Wakdbott-Bassenheim, hija de la de Holstein, ya retratada, y también Carolina de nombre. Las crónicas, por su parte, han transmitido hasta la semblanza incorpórea de la hija, con rasgos que la sobreponen a su genitora. La más encumbrada y exigente sociedad internacional de su tiempo miraba en la condesa de Wakdbott una árbitro de la elegancia. No obstante lo cual, poseía vasta y refinada cultura, y aún, a pesar de las dos cosas, poseía mentalidad y corazón excepcionales en dotes de discreción y de bondad. Total, un verdadero fenómeno. Sin embargo, en su rostro solo son trascendentes los ojos como fanales bajo el negror de unas cejas finas, largas, y los cabellos repartidos en encrespadas madejas.

—Como van siendo ya las cinco, hora de cerrar, antes de que nos toquen retirada, pregúntale al viejo si de casualidad no cayó por estos imperiales predios alguna muestra de lo español —le susurré a Alberto.

—¡Verdad, hombre! ¡Imposible que no! Y tras el requerimiento vino la respuesta; por cierto que en un tonito medio displicente y como aperezado.

—Mírenla allí en el ángulo a la izquierda: es la Lola Montes —dijo el viejo. Y bajo los bigotazos húngaros, plegó la boca y no volvió a abrirla, tal vez porque ya iba siendo tiempo de cerrar.

Espléndido de colorido, de dibujo, de carácter, el retrato de la celebrísima bailarina española —escocesa de origen y aventurera de vocación—. Está hecho con singulares fuerza y éxito en el trasunto. Lola Montes llegó a Munich en 1846. Verla el rey y avasallársele en cuerpo y alma y armarle un trono en el sexagenario pero impertérrito corazón, todo fue de ya. Solo que acabó perdiendo la cabeza con corona y todo. Empezó por acomodarle un título condal, el de Landsfeld, para abrirle camino a las preeminencias de la corte. La reacción de esta no se hizo esperar, tan violenta como la senil pasión; y se armó la gorda ante la escandalosa frescura de la amartelada pareja. “El león bávaro se equivoca abominablemente al creer que de una mosca ibérica puede hacer una leona bávara”, decía la parte más suave de un manifiesto difundido en 1848. Fundados debió hallar el rey mismo los reclamos y rechazos de sus súbditos, pues se dio mañas para alejar de Munich a la peligrosa pero

irresistible señora de sus cuitas. A pesar de ello, el incendio no amainaba. El rey se vió obligado a abdicar y fue a terminar sus días en voluntario exilio, sin la Lola y sin su trono, maldiciendo en sus adentros a la adorada aventurera de sus desventuras.

Pero los fueros del arte son inabolibles: y por virtud y gracia de él allí ha quedado Lola Montes con todo su imperial hechizo, embriagadoramente maléfico y en todo su eterno esplendor. El retrato es de algo más que de busto, en traje simplísimo, de tonos oscuros, sin más adorno que un breve cuello de encajes, levemente más blanco que la garganta en cuyo nacimiento se cierra. Las joyas hubieran redundado en la vecindad de esos ojos, enormes diamantes negros; de la nariz y la barbilla, talladas en madreperla; de esos labios, hechos el beso mismo. Los brazos en arco paralelo al talle, dicen el instante de un giro rítmico; y la mirada, congelado surtidor de sombra y sol, bajo la frente, remanso de tersa blancura; parecen desafiar el filo de la sonrisa todas las tormentas.

—¡Perdón, caballeros, pero es hora de cerrar! —se oyó inapelable la voz del conserje.

Apenas sí tuvimos tiempo de abarcar, retrocediendo, con mirada rauda, el fulgurante recinto, y de ensayar una rendida venia a las impasibles moradoras. Al desfilar hacia la salida, repartiendo “Dankeschönes” rematamos la faena con el sacramental saludo a la bávara: Grüss Gott.

